

apostumbrado al sufrimiento... seguid haciéndole fricciones, dadle de beber cada cuarto de hora una cucharada de café de la posición que voy á formular.... Volveré pronto.

Hace dos días que el pobrecito tiene delirio. Pero en este delirio ya no sufre. Aun más, es quizás la primera vez que es feliz.... En su sueño se le debe dar muchos centavos, porque á menudo estira la mano y la cierra diciendo: "Gracias".... Debe también comer buenas cosas, pues hacen sus labios el movimiento de masticar.... Debe también haber comprado el gran polichinela, deseado en la vidriera la otra noche, porque conversa con él, lo abraza, lo consuela.... Lo consuela como él hubiera querido ser consolado: le pregunta si tiene hambre, y le pone en la boca golosinas que él ha deseado.... Le pregunta si tiene frío, y le da los vestidos que le hubieran salvado á él.... Le pregunta si tiene plata, y le da cuatro centavos, que han iluminado su pequeña alma de desheredado y le impidieron morir de inanición.... Se los da á su querido polichinela con una buena palabra que él hubiera querido oír y que no se le dijo, pues aquellos cuatro centavos le fueron arrojados por algún rico que no hallaba qué hacer con tan pesada moneda en su bolsillo.... Pero para él, pobre desheredado, son la fortuna, esas dos piezas de cobre, y recomienda á su amigo que no las derroche, que compre con ellas, no pasteles, sino carne salada, que alimenta más.

Andad pobre pequeña alma que ha sufrido demasiado, consuela á tu pobre polichinela.... Consolar á uno más débil que uno mismo, es ya ser feliz!....

Pero qué! no charlas ya, abres tus grandes ojos y miras á la hermosa dama, sentada á tu cabecera, los bellos cuadros, el rico tapiz, el chispeante fuego. Tú miras, y tu débil cerebro se pregunta si es la realidad todo eso, ó bien si es el sueño que continúa.... Sí, es la realidad todo eso, y la hermosa dama sentada cerca de tu lecho será en adelante tu amante madre.... No tiene hijos y para celebrar la Noche Buena su marido te ha adoptado. Tú ya no eres el pequeño abandonado, el pequeño vagabundo, sin padres, sin asilo, tú eres el vizcondi de Nizi.... Vamos, abraza á tu madre para agradecerle sus lindos regalos.... Sí, regalos para tí! Mira! He aquí tu polichinela, un verdadero, bien grande y con vistoso traje.... Sonríes?... Oh! entonces estás salvado! Deja ahora á la que te ha recogido meribando llorar un poco.... A cada uno le llega su turno para ser feliz!

H. CONTI.

Los cuatro Enriques.

UNA noche que llovía á cántaros, dícese que una pobre mujer, la cual pasaba en la comarca como hechicera y vivía en pobrisima cabaña, situada cerca del bosque de Saint-Germain, oyó llamar á la puerta; abrió y vió un caballero que le pedía hospitalidad; colocó su caballo en el granero y al hombre le dijo pasara. A la luz del humante candil pudo observar que era un gentil hombre; el rostro denotaba juventud, el traje acusaba alta alcurnia. La vieja encendió fuego preguntándole al huésped si gustaba tomar algo. Un estómago de dieciséis años es como un corazón de la misma edad, siempre ávido y nunca difícil: el joven aceptó un pedazo de queso y otro de pan amasado en un artesón; eran todas las provisiones de la casa. —No tengo más—dijo la vieja al caballero;—he ahí lo que me dejan para ofrecer á los pobres viajeros el impuesto, los recargos, la gabela, las ayudas y la contribución extraordinaria, sin contar con que la chusma de las cercanías me llama hechicera y entregada al diablo, para robarme, con entera conciencia, lo que producen mis campos. —¡Carambal!—contestó el caballero.—Si alguna vez llegase á reinar en Francia, suprimiría los impuestos y haría que el pueblo se instruyese.

—¡Que Dios os oiga!—replicó la vieja. Aproximóse el joven á la mesa para comer; pero en el mismo instante volvieron á ella mar á la puerta, y el huésped se detuvo. Abrió de nuevo la vieja, y vió entrar á otro caballero, con el traje calado de agua, y que también parecía pertenecer á la más alta nobleza. —¡Sois vos, Enrique?—preguntó el ya instalado. —Sí, Enrique—hubo de responder el que venía. Ambos tenían el mismo nombre; la vieja comprendió, por la conversación que entablaron, que figuraban en una numerosa partida en la cual se hallaba también el Rey Carlos IX, partida dispersa á consecuencia de la lluvia.

—Anciana—dijo el recién venido,—¿no tienes nada que darme? —Nada—repuso la interrogada. —Entonces—replicó el caballero,—partiremos eso. Entonces el primer Enrique hizo un gesto de desagrado; pero, al observar la mirada resuelta y la concentración nerviosa del segundo Enrique, contestó, con acento de disgusto: —Buena, lo partiremos. Estas palabras parecían indicar el siguiente y oculto pensamiento: «Lo partiremos, no sea que se quede con todo.» Sentáronse el uno enfrente del otro, y ya el primero iba á partir el pan con su daga, cuando llamaron por tercera vez á la puerta. Era singular semejante encuentro; también el que venía parecía un noble caballero, y también se llamaba Enrique.

Contemplábase la vieja con sorpresa; el primero de los llegados quería ocultar el queso y el pan, mientras el segundo volvió á colocar todo sobre la mesa; y puso su espada al lado del frugal alimento. El tercer Enrique se sonrió. —No queréis darme participación en vuestra cena—dijo después,—no importa, puedo esperar; tengo buen estómago. —La cena—replicó el primer Enrique—perteneca de derecho al que primero la tenía. —La cena—murmuró el segundo Enrique,—corresponde á quien mejor sepa defenderla. El tercer Enrique se puso rojo de ira, y añadió nerviosamente: —Tal vez perteneca la cena á quien mejor sepa adquirirla. Apenas pronunció estas palabras cuando el primer Enrique sacó su puñal, y los otros dos sus espadas. En el momento en que iban á venir á las manos, resonó en la puerta un nuevo golpe, y un cuarto Enrique se presentó en escena; al ver las espadas desnudas sacó la suya, poniéndose al lado del más débil, ó sea del más atarido.

Asustada la vieja, se ocultó, y las espadas echan por tierra cuanto encasustran á su alcance; cae el candil, se apaga, y todos dan mandobles en la mayor oscuridad. Duró el ruido de las espadas algún tiempo; luego fué apagándose gradualmente, concluyendo por cesar del todo. Entonces la vieja se atrevió á salir de su escondite; volvió á encender el candil, y vió á los cuatro jóvenes tendidos en el suelo, teniendo todos su correspondiente herida; las reconoció, y pudo cerciorarse de que la fatiga, más que la pérdida de sangre, les había colocado en semejante situación. Se levantaron uno tras otro, y avergonzados de lo que acababan de hacer, se echaron á reír, diciendo al mismo tiempo: —¡Vamos! Cenemos en buena armonía y sin ningún rencor. Pero cuando fueron á buscar la cena, la encontraron tirada en el suelo, pisoteada y tinta en sangre. Aun cuando valía poco, lo sintieron mucho. Además, la choza estaba devastada, y la

vieja, sentada en un rincón, fijaba su mirada iracunda en los cuatro jóvenes. —¿Por qué nos miras?—preguntó el primer Enrique, á quien contrariaba aquella mirada. —Estoy leyendo vuestros destinos en vuestras frentes—respondió la anciana. El segundo Enrique la mandó con durezza que los revelase; los otros dos aprobaron la idea, pero sonriéndose. La vieja se expresó de la siguiente manera: —Del propio modo que os habeis reunido los cuatro en esta cabaña, os reuniréis en vuestro destino. Del mismo modo que habeis pisoteado y llenado de polvo el pan que la hospitalidad os ofreció, también pisoteareis ó inundareis de sangre el poder que estais en condiciones de repartir. Del propio modo que habeis devastado y empobrecido este tugurio, devastareis y empobrecereis á Francia; del propio modo que habeis sido heridos los cuatro, perecereis los cuatro por traición y muerte violenta. Los cuatro caballeros se echaron á reír al oír la profecía de la vieja. Estos cuatro caballeros eran los héroes de la Liga; dos figuraban como sus jefes; los otros dos como enemigos. Sus nombres aparecen en la historia en la siguiente forma: Enrique de Condé, envenenado en Saint-Jean por su mujer. Enrique de Guisa, asesinado en Blois por los cuarenta y cinco. Enrique de Valois (Enrique III), asesinado por Santiago Clemente en Saint Cloud. Enrique de Borbon (Enrique IV), asesinado en Paris por Ravaillac.

FEDERICO SOULIÉ.

La selva de la Miseria.

(CUENTO).

UN joven se encontraba en una fría noche de invierno á la entrada de un bosque cuyo sólo aspecto inspiraba terror. Corpulentos árboles con la corteza amarillenta y las ramas sin hojas, espesas castañas y cuyos pies crecía la espina, estrachos y sinuosos caminos erizados de guijarros y que se bifurcaban y volvían á juntarse de nuevo como los hilos de una enlaperada redeoilla, escaramujos, eso era todo lo que allí se encontraba. El joven caminaba de prisa: una visible preocupación oscurecía su frente y absorbía todo su pensamiento, puesto que no advertió que á medida que avanzaba, los árboles y los arbustos se aproximaban más unos á otros y se enarrecían los caminos. Y continuaba siempre avanzando. Pero muy luego, desesperando de poder salir del laberinto en que se había metido, se dejó caer al suelo sin fuerzas ya. Permaneció mucho tiempo así, porque el frío había helado sus tumidos miembros. El cansancio de una larga marcha había concluido con todas sus fuerzas y el hambre le había dado tortura á su estómago. De repente, el dolor obligóle á lanzar un ¡ay! que repitió el coo á los lejes. Alzó la cabeza y se encontró con que tenía delante tres hombres á quienes no había ni sentido venir. Tembó; la mirada de aquellos tres hombres se posaba con fijeza sobre la suya. Llevaba uno un traje de tela de oro ceñida al cuerpo por un cinturón cuyo broche producía un brillo fosforescente; de su lado izquierdo pendía una espada. El segundo llevaba un traje negro y un cinturón encarnado. El tercero una túnica azul y un cinturón de cuero; llevaba en la mano un hacha en la que se apoyaba. —¿Qué haces ahí? dijeron á un mismo tiempo los tres compañeros. —Estoy agonizando, contestó el joven; tened piedad de mí. —¿Qué quieres? exclamaron los tres.

—Salir lo antes posible de este maldito bosque. —Escoge de entre nosotros el que haya de acompañarte, pues te hace falta tan sólo un guía, y tú eres el que debes designarlo. El joven dió un vistazo á cada uno de aquellos tres hombres, que esperaban en silencio el resultado del exámen, y le llamó la atención el que estaba vestido con el traje de oro, porque los rayos de luz que despedía aquel iluminaban el espacio. —Te escojo á tí; repuso el joven. Una extraña sonrisa se dibujó entonces en los fríos labios del desconocido, y le tendió la mano al joven, al mismo tiempo que sus dos compañeros desaparecieron como una visión. Mudo de terror, agarró el joven la mano de su guía y partieron. —¿Qué marcha más rápida aquella! Desaparecieron los árboles todos tras ellos y resonaba de continuo el ruido de sus pasos; sin embargo, había transcurrido una hora y se hallaban aún en el bosque. —¡Ay, qué cansado estoy!—murmuró el joven deteniéndose en mitad de una encrucijada formada por la reunión de varios caminos. —El camino es todavía largo y nuestras piernas son demasiado débiles para conducirnos hasta el final; pero pronto va á pasar por aquí un viajero á caballo, sobre el que montaremos los dos. —¿Qué horror! ¿quién eres tú entonces, quién eres, dime, que tales cosas me aconsejas? —El Crimen—contestó el desconocido. —Vete, vete!—le dijo el joven, y cayó en tierra. Se oyó una carcajada infernal y se quedó el joven solo. Se levantó, y al hacerlo se encontró delante de los otros dos compañeros. —¿Qué haces ahí?—le preguntaron. —Agonizo, contestó el joven, tened piedad de mí. —¿Qué quieres? —Salir lo antes posible de esta maldita selva. —Escoge de entre los dos uno que te acompañe, porque te hace falta un guía y lo debes escoger tú. Y el joven echó una mirada á aquellos dos hombres, fijando su atención en el que iba vestido de negro y llevando un cinturón rojo. —Te escojo á tí, contestó. Y entonces el desconocido, sin decir una sola palabra, se sentó y le alargó la mano al joven mientras que su compañero desaparecía como una visión. Mudo de terror, agarró el joven la mano de su guía y partieron. Marcharon una hora y llegaron al borde de un abismo de donde salían gritos y sollozos. —¡Ah! qué cansado estoy, murmuró el joven deteniéndose. —Aun es largo el camino y nuestras piernas son demasiado débiles para llevarnos hasta su conclusión; por lo tanto, te he traído aquí para ofrecerte el único medio de salir de esta selva. En el fondo de este abismo se halla la muerte, que libra de todas las penas. —¿Qué horror! ¿pero quién eres tú que me aconsejas eso? —La desesperación, contestó el desconocido. Se oyó entonces una carcajada infernal, y el joven se quedó solo. Se levantó, y se encontró delante del tercero de aquellos compañeros. Al acordarse de los nombres de los otros, trató de huir, pero el desconocido lo detuvo. —Ven conmigo; el camino es todavía largo, pero Dios ayuda al que sufre. El joven lo miró y le tendió igualmente la mano, pero el desconocido se contentó con marchar paso á paso delante de él. Con ayuda después del hacha que llevaba se abrió un nuevo camino, derribando los árboles que le impedían seguir su marcha, y luego le dijo al joven:

—Echate á cuestras uno de estos árboles. Y el joven obedeció. Aunque se hallaba muy cansado, apenas si sentía el peso de la carga que llevaba. A fuerza de hachazos, el desconocido llegó seguid del joven á la linde del bosque, apareciendo ante sus ojos una vasta llanura, en medio de la cual había un castiello. Entonces el desconocido le dijo al joven: —La selva que has atravesado es la de la Miseria. Acuérdate de ello, y ahora echa la carga al suelo. El joven así lo hizo; pero, al dejar caer el árbol se convirtió en chorro de monedas de oro. —¿Quién eres tú que me aconsejas tan bien? preguntó el joven, que no salía de su estupor. —Soy el Trabajo, contestó el compañero. H. GOURDON DE GENOUILLAC.

LA DAMA ENCANTADA.

(TRADICION).

EL privilegio de los cuentos salvo raras excepciones, sólo lo tienen las abuelitas—valgo los viejos. Yo, cuando más muchacho, no dejaba en paz á una veterana que vivía en nuestra casa y como á ella no le molestaban esos ruegos ha aquí «la miel sobre hojuelas» como suele decirse. La historieta que voy á contarte, benévolo lector, te la vengo como me la vendieron y nunca viñera tan á pelo aquello de: «Si de mí dijeras ser cuento» Como me la contaron te la cuento. Es el caso que la viejecita me me contó está á mí, se lo contaron á ella sus abuelitos, que á ellos le habían contado otros abuelitos de allá... de su tiempo, y que á éstos se lo habían contado otros y á... pero ¿á qué se gurí?... Vamos al cuento y dejémonos de preámbulos: allá va. Eso sí, hay que advertir, sin sal ni pimienta porque el pobre que relata estos cuentecillos, no es Dumas, Pérez Estorch, ni Fernández y González sino un pobrete lleno de travesuras, y que á fuer de travesura, os cuenta esta tradición. Haciendo esta aclaración entro en materia. Allá por el año de 1535 en el que vino Benalcázar á fundar á Guayaquil, después de su arrego en Riobamba con don Pedro de Alvarado, acompañaba al primero, un joven Teniente malagueño y que á pesar de su juventud era el más intrépido y arrojado del séquito conquistador. Entonces, mi querida Guayaquil consistía en unas cuantas casitas ó chozas, al pié del cerro de Santa Ana poblada por unos centenares de indios. Era de tradición antigua, aun entre aquella salvaje, que en tiempo inmemorial y desde una fecha remota, un gran hechizo cuyo nombre se ha olvidado la historia, después de hacer trabajar con sus satélites un gran sótano, y una vez que estuvo concluido, encerró en él un candil inmenso que no bajaba de cincuenta millones en oro fino, resolviendo que sería su dueño aquel que no fuera ambicioso, más por arte de hechicaría, convirtió á un satélite subalterno de él en una dama hermosísima, y... aquí está el pero—de la misma manera fabricó una peineta riquísima, cuyo valor ascendía casi al que estaba depositado en el sótano.... siendo el tesoro del que presfiera, la dama, á la peineta.... ¡Tal era la hermosura de ésta!... Así las cosas, cuando vino Benalcázar y con él nuestro Teniente malagueño. Como llegara á su conocimiento lo que yo dejo referido á mis queridos lectores se propuso vagar por el espeso monte del Santa Ana, aun exponiéndose al furor de los naturales, hasta hallar lo que buscaba; pero aconteció, que el que refirió esto á nuestro Teniente, no le hizo saber lo de la dama, ni la peineta, ni la condicion, y lo que nuestro joven

buscaba era el sótano donde estaba depositado el amarillo y dorado oro de nuestro país. Después de sufrir cuantas penalidades puede concebir la imaginación, y en lo más remotado del Santa Ana, se presenta nuestra dama al malagueño, que se queda abismado de la hermosura de la niña y de la ricura de la peineta. Nuestro joven, más avaro que un judío, fuerza es confesarlo, más le prendió la peineta por su valor que la dama por su hermosura. Todavía no salía el Teniente de su asombro, cuando le dijo la dama en muy buen castellano: «¡Caballero, cuál os gusta más, la peineta ó su dueña?». El Teniente, en uno de esos momentos en que vé ante sí un hombre pobre una fortuna inmensa é inesperada y considerando el valor de la prenda exclamó: «¡La peineta!...» «¡Ah!—contestó la dama—habeis perdido todo; si la suerte os favoreció en que me veas, pues que no me es lícito presentarme sino cada siglo, y así me has despreciado, todo lo has perdido; si en vez de la peineta me hubieras preferido á mí, te hubiera dado mucho más....» Y desapareció.... El Teniente yacía desmayado en tierra y como muerto, no era para ménos un acto como ese en medio de una muda soledad. En este estado las cosas, cuando de improviso, como sombra maléfica, apareció por entre los árboles un indio de aspecto salvaje y feroz. Era Apaguarni. Viendo ese blanco enemigo de su patria en lo más encumbrado del cerro, se admira, pero pronto pasa la admiración y viene la venganza.... desde seis metros de distancia prepara su envenenada flecha y.... atraviesa al blanco el corazón.... A los siete días que por casualidad acertó á pasar por esas espesuras un piquete de españoles que había mandado Benalcázar en busca de su Teniente, dió con el descompuesto cadáver de Juan Resaredo, malagueño, Teniente de Benalcázar, Conquistador del Reino de Quito. Con lo dicho, ya sabeis lector, si algun día se te presenta «la dama encantada» en el cerro de Santa Ana, desecha la peineta y prefírela á ella, y serás dueño de cincuenta millones y esposo de una divinidad. Guayaquil,—1893. A. A. S.

Traducción de Copée.

Ya pasado el benéfico Diluvio, La raza de Noé sobre la tierra Diseminóse, cual los ojos de oro Del pavo real sobre las gayas plumas, Entonces, y del Líbano en los valles, Heth y Sidon se establecieron juntos, Del trigo y de la viña sembradores; Y aunque el indigao Cam les diera estirpe, Fueron ante el Señor temidos jefes. Sidon es tronco de crecida prole.

Heth perdió su mujer pasado un año De su enlace nupcial, y tuvo un hijo Sola esperanza de su edad madura; Mas una tarde que la rada siega Ardó sus carnes y abrasó su pecho, El agua que bebió lo echó al sepulcro. Desde aquel día, entristecido el padre, Contra el Dios que lo abraza se levanta Y blasfema su nombre á toda hora. Sidon no así: querido de los suyos, Es feliz, opulento y sin pecado; La oración y el ayuno son sus gozes; Ofrece y sacrifica en los altares, Y su piedad por la comarca suena.

Un día del estío caluroso Estando cada cual en su plantío, Espantosa una nube aparecióse Y envolvió el cielo en negro impenetrable. Heth—que su mal oculto á toda hora Taladraba en silencio—alzó los puños Y así gritó con espantables voces: «¡Hiere, hiéreme, oh Dios, del mal engendro! Que no quede en mis copas un racimo!